

Cincuenta números UNA pta.

Redacción y Administración: AIRE, 32

No se devuelven los originales

## Jesús reina y encanta

Transcurrido con sus poesías, flores y místicos amores a la «bella flor del Eón Celestial», el mes de mayo, llama el actual al cristiano a honrar aun si cabe con mayor fe, entusiasmo y calor espiritual al que íntimamente estuvo a Aquella unido en el mundo, al Corazón dulce de Jesús. Por doquiera que llegue el cristiano en este mes, oye aquellas palabras que denotan la realeza, de Aquel a quien van dirigidas y el amoroso vasallaje del que las pronuncia.

Corazón Santo  
Tú reinarás  
Tú nuestro encanto  
Siempre serás.

Rítmicas palabras, dulces y cadenciosas armonías, melifluos acordes que van envueltos como rica emanación y desprenderse del corazón humano y suben en amorosas ondas ante el trono del Corazón Dóxico en más o menos bella página musical, pero siempre aureoladas con un fin puro, grandioso y altísimo, que no admite distingos ni líneas divisorias, porque si como dice Séneca, «no se ha de mirar lo que se da, sino la mente y el deseo con que se da», no cabe duda que es en todos los templos y corazones grande el deseo y la intención con que se honra y venera al Corazón de Jesús, reinando en los mismos.

Consoladora estrofa y palabras que descienden y caen en el fondo del alma con santa resignación las amarguras, tristezas, angustias... en una palabra, todo lo que en este mundo misero estima el hombre como calamitoso y adverso de suyo siempre dispuesto a las prosperidades y alegrías, pero refractario, muy reacio muchas veces en la adversidad; por eso es y ha de ser «encanto» del corazón católico el divino, porque le sirve de bello ejemplo para modelar su corazón a semejanza del divino manso y humilde, bien en las alegrías y bienandanzas como en las horas aciagas y de tribulación; por eso su «reinado», aparte de su manera esencial de ser, no ha de pasar nunca para el hombre ni para la humanidad, porque para ellos es el Rey que mejor se adapta y mejor comparte con sus súbditos, así en lo próspero como en lo adverso, es quien mejor acude a enjugar y escuchar las culpas y desgarramientos del corazón humano, frutos del árbol de nuestra vida en la que en vano nos empeñamos en encontrar alegrías excluidas de sinsabores, gozos de amarguras.

Con razón ante la realidad de los hechos, lanza el corazón cristiano su voz ante la bondad y amor del Divino Corazón, «que reinará y será encanto», porque sencillamente seduce, cautiva, agrada extraordinariamente, ver el Co-

razón del Hacedor Divino tomar parte en las contingencias del hombre, ver cómo ese Corazón llega a decir a sus hijos: «Venid los que estáis cargados, que yo os aliviaré» y señalando la cátedra de su Corazón: «Aprended de mí que soy manso y humilde de corazón...»

Sin embargo de todo esto, de ser «encanto» del corazón cristiano, vemos por desgracia cómo se quiere que ese Corazón no lo sea, no sirva de levitativo al corazón humano atribulado, y en vez de enseñarle a éste a buscar su consuelo, a departir sus penas con el Divino buscando así el gran contrapeso espiritual de la resignación, cómo se le quiere hacer tener una idea distinta de esta vida como principio y término perpetuo, sin ulteriores consecuencias, cómo se le oculta la enseñanza del camino de la Cruz y de la tribulación y se le muestra el de la desesperación e insubordinación a todo lo establecido.

¿Qué sino esto significan y demuestran tantos pobres entendimientos negando con tantos grados de ciencia como absoluto desconocimiento de causas y principios la existencia de la otra vida? ¿Qué otra cosa dan a entender la lucha de clases y los continuos sucesos tan al orden del día en la moderna sociedad?

No obstante «reinar» generosa, dulce, y suavemente aunque con el más sólido y brillante reinado, el del amor, observamos cómo se quiere que ese reinado desaparezca y precisamente después de haber demostrado el Corazón de Jesús su amor de una manera especial, mediante su aparición en Paray-le-Monial y manifestar el incendio en que ardía y arde su Corazón hacia la humanidad; restringiéndolo, y queriendo que ese incendio no se propague por las familias, centros docentes y demás, pero por más que se empeñe la malicia humana, ese incendio del Corazón divino de Jesús, se propagará, todo lo abrasará, porque Jesús, ha empeñado su palabra, eterna como El mismo, diciendo «Reinaré» y en relación a nuestra nación, diciendo al Padre Bernardo de Hoyos por «tradición» «con más veneración que en otras partes», y por eso el corazón español entonará siempre seguto del avance y del triunfo del reinado de Cristo de entre sus enemigos.

Corazón Santo  
Tú reinarás

Cruz ALCOOTA.

## La nave de San Pedro

Ni el embate callado de los siglos,  
ni el sarpazo insidioso del infierno...;  
ni el tronante huracán de la perfidia,

ni la insensata mofa del incrédulo...  
ni las traidoras redes que te lanza  
la impiedad con careta de progreso...  
ni las mentidas luces de una ciencia  
que enarbola la duda por trofeo...  
ni el zig-zag con que fingen la tormenta  
con luces de bengala cuatro necios...  
ni el vaivén azaroso de las olas  
en el mar agitado de los tiempos...  
¡nada impide la marcha de la Iglesia  
nada turba la calma y el sosiego  
de la gloriosa nave  
en que boga el Pontífice sereno!...  
¡Miradla cómo impávida resiste  
la furia de los vientos...  
que una mano invisible la sujeta...  
al hilo providente de los cielos...;  
y atrás queda bramando en su derrota  
el dragón humillado del Averno...

¡Miradla cómo flota en las espumas  
la nave de San Pedro!

MIGUEL RAMÓS LUQUE.

## Deberes de los católicos

1.º Confesar pública y constantemente la doctrina católica y propagarla cada uno en la medida de sus fuerzas.

2.º Considerar a la Religión como el bien general y supremo, al cual debe posponerse todo otro bien cualquiera.

3.º Combatir por todo medio justo y legal la civilización anticristiana, y reparar los desórdenes que de la misma se derivan.

4.º Perseguir con celo y constancia la blasfemia, la pornografía y a los corruptores de la juventud.

5.º Fomentar y difundir la prensa buena, y poner en práctica los medios más eficaces para la represión y extinción de la mala.

6.º Prometer y defender con decidido empeño los intereses morales y materiales de la clase obrera.

7.º Procurar que Cristo reine en la familia, en la escuela y en la sociedad.

8.º Restablecer el principio de la autoridad humana como representante de la de Dios.

9.º Aprovecharse, en cuanto pueda hacerse honestamente, de las instituciones de los pueblos para la defensa de la verdad y de la justicia.

10.º Utilizar todos los medios lícitos y especialmente la emisión del voto para impedir que se apoderen de la administración y dirección pública, y se mantenga en ellas, los que se esfuerzan en destruir la religión y la sociedad.

11.º Tomar parte activa en las elecciones, así administrativas como políticas, con unidad de pensamiento y uniformidad de acción, lo cual se obtendrá sin dificultad, si cada uno se propone para sí, como norma de su vida, las prescripciones de la Sede Apostólica, y obedece a los Obispos, a quienes el Espíritu Santo puso para regir la Iglesia.

12.º Favorecer en las luchas políticas, y en cualquier negocio público, a los hombres de reconocida probidad

que prometan hacerse dignos del nombre de cristianos, sin que pueda darse causa alguna en que haga hecho antepositor a los que estén animados de un mal espíritu contra la Religión.

13.º Prestarse a desempeñar, aunque importe algún sacrificio, los cargos públicos, los que fueren llamados a ellos por la voluntad del príncipe o el voto de sus conciudadanos.

14.º Emplearse en hacer que las leyes públicas sean conformes a la justicia, y en que se modifiquen o deroguen las que le son contrarias.

15.º Infundir en todas las venas del Estado, a manera de jugo y sangre vigorosísima, la sabiduría y eficacia de la Religión Católica.

16.º No dar lugar a polémicas intestinas, ni a cuestiones de partido, antes bien, unidos los ánimos y aspiraciones, esforzarse todos a conseguir lo que es propósito común de todos; es a saber: la defensa y conservación de la Religión y de la sociedad.

17.º Defender, por último, y sostener con espíritu católico los derechos de Dios en toda cosa, y los no menos sagrados de la Iglesia.

## En defensa de los aprensivos

A lo mejor recibe uno por correo una circular dirigida a su nombre y apellidos, y en cuyo sobrescrito figura también la profesión del destinatario y las circuntancias de provincia, población, calle, piso y puerta, de manera que no les quepa ninguna duda a los señores carteros acerca de quien sea el verdadero receptor del documento.

Cuyo documento, según dicen muchos gramáticos, empieza por una invitación suavísima a la lectura.

«Haga V. el favor de leer esto». — «Le conviene a V. sobremedida enterarse del contenido del presente aviso». — «Podría V. arrepentirse de haber despreciado mis consejos».

Pues, señor, enterémonos. Al fin y al cabo no voy a perder nada con enterarme, y quizá, más, sea cierto que pueda beneficiarme.

Así piensa el desdichado recipiendario, sin considerar las gravísimas consecuencias que le acarrearán la lectura.

¡Ay, qué filtro envenenado!

me das en este papel!

podría decir si no estuviese tan parodiado el Tenorio.

«Caballero— empieza diciendo el tradidor— está usted cerca de una edad crítica de la vida».

¡Caramba! exclama el lector. ¿Cómo habrá sabido eso? Efectivamente, estoy cerca de una edad crítica...

Sea cualquiera edad del caballero, se figura, especialmente si es aprensivo,